

por apartar a los teólogos imperiales de que trataran nuevas cuestiones peligrosas, como, v. gr., la de la superioridad del concilio (1), fracasó su propósito de negociar sólo de palabra con el emperador.

El 7 de mayo Fernando I volvió a hacer al legado el honor de una visita personal. Le llevaba, como resultado de las deliberaciones de sus teólogos, una respuesta por escrito a la exposición que Morone le había hecho a su llegada, junto con una adición sobre la reforma y elección de los obispos (2). La contestación del emperador era favorable, contra lo esperado; pero con todo, Morone halló que poner reparos en ella acerca de aquellos tres puntos que le habían parecido desde el principio los más peligrosos: el derecho de proposición de las potencias seculares, la creación de diputaciones nacionales para deliberar previamente sobre los asuntos conciliares, y ante todo la reforma por el concilio de la cabeza de la Iglesia. Sus observaciones en contra, especialmente sobre el último punto, las expuso en una audiencia de tres horas, que se le concedió el 8 de mayo (3). Como fundamento para esta exposición había llevado una memoria escrita (4). El emperador le rogó que se la dejara. Con esto el legado, que no podía ciertamente denegar la petición, fué obligado a tratar en parte por escrito. Fernando I entregó la réplica de Morone a su comisión de teólogos. Así se originó una contrarréplica del emperador (5). Esta pareció a Morone a la verdad no del todo satisfactoria, pero sin embargo redactada de un modo más favorable en varios puntos importantes: ahora se pidió solamente un derecho de proposición limitado, y la expresión «reforma de la cabeza» fué sustituida por el giro «reforma de la Iglesia universal, como se dice en los antiguos concilios», añadidura que excluía los principios de los sínodos de Constanza y Basilea. También otros puntos habían sido suavizados. Se mantuvo en pie la exigencia de diputa-

(1) Cf. la última relación de Morone, de 17 de mayo de 1563, en Steinherz, III, 304 s.

(2) Publicada por Planck, *Anecdota*, II, 3 s., III, 3 ss., IV, 2 s. Cf. Sickel, *Concilio*, 498; Sägmüller, *Bulas de elección de Papa*, 148 s.

(3) V. la relación de Morone a Borromeo, de 13 de mayo de 1563, en Steinherz, III, 295 s.

(4) Con el título *C. Moronis replica ad S. C. M^{ris} responsum in materia concilii*, se halla impresa en Planck, *loc. cit.*, V, 3 s.

(5) Publicada por Sickel, *Concilio*, 498 s.

ciones nacionales y la demanda de que se reformara la elección pontificia por el concilio (1).

La contrarréplica imperial se entregó a Morone el 12 de mayo. Apenas la había leído cuando Fernando I se presentó para hacerle la visita de despedida. Ambos negociaron ahora todavía por espacio de dos horas (2). El emperador mostró gran sumisión a la Santa Sede y a la persona del Papa. A pesar de esto, no logró Morone obtener tanto como deseaba. Consiguió un completo acuerdo que se puso también por escrito (3), sobre los puntos siguientes: Hay que dejar a un lado las controversias dogmáticas superfluas, principalmente aquellas que no son tratadas por los novadores. Los Padres del concilio, lo propio que los embajadores del emperador en Trento, conservan absoluta libertad para defender sus opiniones; con todo, se les prohíbe apartarse de las materias propuestas para la disquisición, y no guardar en sus discursos el debido decoro y los miramientos necesarios. El Papa deja entera libertad al concilio para resolver. Además de completar las reformas ya hechas, el concilio se ha de ocupar aún especialmente en la elección no regulada de los obispos, y en las exenciones de los cabildos. Los obispos han de ser obligados a la residencia, en lo cual la disputa sobre el derecho divino se ha de componer de un modo pacífico. Parece deseable el nombramiento de un segundo secretario del concilio, cuya elección compete no obstante al Papa y a los legados. En vez del viaje a Bolonia, por el momento imposible, para la coronación imperial, Fernando I promete seguir esta antigua y laudable costumbre de sus predecesores luego que lo permitan las circunstancias de los tiempos. Fuera de esto, se entendieron ahora de palabra sobre que, en caso de una sede vacante durante el concilio, el emperador interpondría todo su poder para que el Sacro Colegio conservara su antiguo derecho de la elección de un nuevo Papa.

No se alcanzó acuerdo ninguno sobre las diputaciones nacionales, el derecho de proposición y la bula del conclave. Por eso Morone antes de su partida, el 12 de mayo, mandó llamar a los dos

(1) V. la relación de Morone a Borromeo, de 13 de mayo de 1563, en Steinherz, III, 297 s. Cf. Sickel, *Concilio*, 500; Helle, 56.

(2) V. Steinherz, III, 299 s.; cf. 310. V. también Sägmüller, *Bulas de elección de Papa*, 151.

(3) V. el *Summarium* en Le Plat, VI, 15; Planck, *Anecdota*, VI, 4 s.; Bucholtz, IX, 686. Cf. Pallavicini, 20, 15.

consejeros principales del emperador, Seld y Singmoser, les declaró su parecer en estas cuestiones, y les rogó que lo expusieran a su majestad. No contento con esto, compuso además una memoria (1), que todavía el mismo día hizo entregar al emperador, por Delfino. Este debía llevar la respuesta (2) a Matrei, la primera estación postal en el camino del Brenner, adonde Morone se dirigió aquel día. Se redactó el 13 de mayo y en seguida se entregó a Morone. Delfino pudo referir en esta ocasión, que Seld había manifestado que el emperador no insistiría en los tres puntos mencionados (3).

Morone halló suficientes las declaraciones del emperador. La demanda de comisiones nacionales, que ahora se había propuesto solamente en forma de consejo, no le pareció peligrosa, sino aun ventajosa, en cuanto era a propósito para facilitar en todas las naciones la aceptación de los decretos conciliares. Tranquilizóle el haber declarado el emperador expresamente que los asuntos que se habían de proponer, sólo debían prepararse por estas comisiones, pero luego presentarse a la asamblea de todos los Padres y por ellos ser decididos por mayoría de votos. Respecto del derecho de proposición de los legados, Morone vió con satisfacción que Fernando no mantenía ya su demanda. La restricción que hizo el emperador, de que si los legados rehusasen proponer, también los embajadores pudieran hacer propuestas, la tuvo por equitativa y justificada, y por eso creyó que tampoco podía desagradar al Papa. De la bula del conclave decía la respuesta del emperador, que él por ahora no pedía otra cosa sino que se observase cierta y determinadamente, y que también los embajadores seculares, lo propio que los electores del conclave y todo el pueblo romano, fuesen apartados de toda intromisión con la amenaza de las más severas penas; que tales disposiciones sería lo mejor que las ordenara el concilio. Esta ampliación de la bula del conclave pareció a Morone, con razón, en ninguna manera perjudicial al Papa, al contrario, creía que dificultaría las intrigas de los prin-

(1) *Scriptum C. Moronis super duplica C. Mtis*, en Planck, V, 8 s.

(2) Publicada por Sickel, *Concilio*, 500 s., según la copia de las Actas del concilio, que se halla en el *Archivo del Gobierno de Innsbruck*. El *original, que está en el *Archivo secreto pontificio*, *Concilio*, 31, n. 90^b, ofrece un texto en parte mejor.

(3) V. la relación de Morone a Borromeo, de 13 de mayo, en Steinherz, III, 299-300.

cipes. Por tanto contestó al emperador sin dilación, le dió las gracias por el contenido de la carta que acababa de recibir, y en vista de la buena voluntad de su majestad expresó las mayores esperanzas del próspero curso de los negocios públicos (1).

En la relación final enviada a Roma, que es sencilla, objetiva y exenta de toda jactancia, una obra maestra (2), Morone no oculta su satisfacción por haber logrado desbaratar los peligrosos conatos del concilio accesorio de Innsbruck, y persuadir al emperador de la sincera voluntad y honradas intenciones del Papa (3). Aunque no del todo contento de los resultados de su misión (4), podía él no obstante decirse que no había alcanzado poco. Esta opinión fué asimismo la de otras personas inteligentes. San Pedro Canisio consideraba como lo más importante de todo lo que Morone consiguió, el que se borrara el pasaje sobre «la reforma en la cabeza y los miembros» (5). En Roma estaban extraordinariamente contentos del legado. «El Papa — escribía Borromeo a Morone el 19 de mayo — ha leído y considerado detenidamente vuestra relación del 13, y os puedo asegurar que durante todo su reinado ninguno de sus diplomáticos le ha procurado mayor satisfacción. Cuanto más difíciles e importantes eran las negociaciones, tanto mayor es el mérito y la alabanza que se os debe.» De una manera igualmente llena de reconocimiento, volvió Borromeo a escribir el 27 de mayo (6). El contento del Papa fué tanto mayor cuanto a vista de la coalición de las grandes potencias católicas, había estado dispuesto a conceder, en último caso, a los embajadores el derecho de proposición, y a permitir que se deliberase en el concilio sobre la reforma de la cabeza de la Iglesia (7).

Para juzgar lo que Morone consiguió, es también de importancia el juicio de los adversarios de Roma. El rey Maximiliano,

(1) V. la última relación de Morone, de 17 de mayo de 1563, en Steinherz, III, 307 s.

(2) Juicio de Steinherz, III, 313.

(3) V. *ibid.*, 311 s. Cf. Pallavicini, 20, 17, 11.

(4) Según una carta de Canisio a Laínez, de 17 de mayo de 1563, se lo dijo esto Morone, refiriéndose especialmente a las diputaciones nacionales; v. la *Revista de Teología católica*, 1903, 642 s. y *Epist. Canisii*, IV, 201 s.

(5) V. la carta de Canisio a Laínez, citada en la nota precedente, y la carta del mismo a Hosio, de 17 de mayo de 1563, en *Canisii Epist.*, IV, 209 s.

(6) V. Susta, IV, 18, 31; cf. 14. V. además Steinherz, III, 313. Cf. también Pallavicini, 20, 15, 11.

(7) Cf. Steinherz, III, 277, 305 s.

a quien se comunicaron todas las actas sobre las negociaciones de Innsbruck, se enteró de ellas con gran descontento y enfado. El 24 de mayo dirigió a su padre reproches por haber cedido demasiado; dijo empero, que después que estaba ya hecho, lo mejor era no cuidarse más del concilio y regresar a Viena (1). También el cardenal de Lorena, entonces en fuerte oposición con Roma, expresó su disgusto por la condescendencia del emperador, principalmente en el punto de la proposición (2).

Pero como quiera que se aprecien los resultados de las conferencias de Innsbruck, es indudable que la eminente destreza diplomática de Morone allanó el camino a una inteligencia entre el emperador y el Papa (3). Su habilidad y prudencia se habían

(1) V. Bucholtz, IX, 689. Cf. Götz, Documentos para la historia de Alberto V, en las cartas y actas, V, 263, nota 2; Steinherz, III, 313.

(2) V. Sickel, Concilio, 509.

(3) Pallavicini, que tenía a su disposición la relación de Morone de 17 de mayo y su correspondencia con el emperador, ha dado 20, 15 una muy buena relación sobre las conferencias de Innsbruck. En vez de utilizar ésta, Ranke (Los Papas, I, 218) dió la mayor importancia a una *Relatione sommaria* del card. Morone sopra la legatione sua, que está en la *Biblioteca Altieri*, sobre la cual advierte que es el documento más importante que ha llegado a sus manos acerca de las negociaciones de Trento; y que ni Sarpi, ni Pallavicini habían tenido conocimiento de ella. Esta relación, que se halla también en muchas otras partes (su texto auténtico, según Steinherz, III, 312, está en el *Archivio segreto pontificio*, Concilio, 31, n. 67; a las copias anotadas por Sägmüller, Bulas de elección de Papa, 150, nota, hay que añadir todavía otra que existe en el Arch. Borghese, ser. 2, H. 18, p. 87 s.), difícilmente con todo ha sido desconocida de Pallavicini; no la citó, acaso porque ni siquiera consta ciertamente si procede de Morone mismo o de Gherio (v. Steinherz, loc. cit.). Como quiera que sea, esta relación, que entre tanto fué publicada, no con toda corrección, por Maurenbrecher en la *Revista de Historia eclesiástica*, III, 653 s., sólo en segunda línea puede venir en consideración, por ser ella más reducida y haberse hecho más tarde que la clásica relación final de Morone de 17 de mayo, muy notable por su claridad, concisión y abundancia de ideas, a la que con razón se atuvo Pallavicini. Ranke hubiese debido utilizar esta relación tanto más, cuanto que hacía muchísimo tiempo que había sido dada a conocer por Schelhorn (Colección para la historia, I, 210). Pero ni a Schelhorn, ni tampoco la muy importante publicación de la correspondencia entre Morone y el emperador, de Planck, ha tenido Ranke a la vista. A consecuencia de esto, sólo pudo ofrecer una exposición muy insuficiente, en la cual aparece el resultado de la misión de Morone en un aspecto demasiado favorable. El primero que se puso en contra de esto fué Ritter (*Historia Alemana*, I, 173 s.; cf. Ritter, L. v. Ranke, Stuttgart, 1895). Con todo eso Ritter cayó en el otro extremo, y consideró la buena inteligencia y armonía obtenida por Morone, como sólo aparente. Esta apreciación la ha impugnado ya Steinherz (III, 330), alegando también el juicio de los coetáneos mejor enterados. Un discípulo de Ritter, Helle, ha intentado salvar la opinión de su maestro en una

de acreditar asimismo brillantemente en Trento, adonde el legado llegó de nuevo el 17 de mayo. Morone era el hombre a propósito para tomar la dirección con mano segura y firme, y vencer las dificultades que se oponían a una feliz conclusión del concilio (1).

disertación titulada «Las conferencias de Morone». Contra él se declara con razón Holtzmann, exacto conocedor de aquel tiempo, en la *Revista Histórica*, CVII, 436 ss., quien advierte: «Es verdad que el emperador, aun después de las conferencias defendió todavía su programa de reforma, aunque en forma algo modificada. Pero me parece que por eso Morone no dejó de ejercer influencia, y especialmente apreciaría yo de diverso modo que Helle (p. 56, 64), la renuncia de Fernando a la *Reformatio in capite*. La inteligencia, con todo, estaba ya preparada, y más tarde no se hizo más que terminarla por otros medios. Singularmente el reconocimiento de la elección de Maximiliano, fué puesto ya por Morone muy hábilmente ante los ojos del emperador, como premio de la reconciliación; cf. mi libro sobre Maximiliano, p. 450». También Kassowitz (p. XLIII) y v. Voltolini (*Comunicaciones del Instituto Austr.*, XXVII, 353) se adhieren a Steinherz.

(1) Sobre el mérito de Morone v. el juicio de Susta, IV, p. v; allí también hay pormenores sobre la transmisión manuscrita de las cartas que procedieron de la actividad de Morone en el año 1563. Sobre la Cifra Moroniana v. Susta en las *Comunicaciones del Instituto Austr.*, XVIII, y Meister, La cifra al servicio de la curia pontificia, 243. Morone habitaba en Trento en el palacio Thun; v. Swoboda, 23.